

cuando se vió libre de la opresión extranjera? Fué el restablecer á todos los hidalgos en todos sus privilegios, lo que significaba, dice Schlosser, que la inmensa mayoría de la nación sería tratada como bestias de carga por un puñado de nobles. La batalla de Leipzig es saludada por los Alemanes como el día de la redención. ¿Quiere saberse qué libertad dió al Honnover esa emancipación? El duque de Cumberland se apresuró á volver á tomar posesión de sus Estados para hacer reinar en ellos el feudalismo, la insolencia nobiliaria y todas las amedidades del antiguo régimen, incluso el tormento. En resumen, dice Schlosser, la opresión aumentó en Alemania después de la expulsión de los Franceses (1).

¿Hay que extrañarse de ello? Los príncipes alemanes habían entendido siempre por *libertad*, su libertad; es decir, su soberanía; cuanto más ilimitada era esta soberanía, más apreciable les era. En cuanto á la libertad de sus súbditos, no la querían. Los desgraciados ni aun tenían el sentimiento de la independencia nacional. Los unos se hacían los muy humildes servidores de Alejandro, los otros no hubieran pedido otra cosa que continuar siendo los lacayos de Napoleón. Es preciso leer la correspondencia de Stein, el patriota alemán, para hacerse una idea de la abyección á la cual podían descender los príncipes. En 1813, cuando se estaba en vísperas de la catástrofe, los diplomáticos alemanes temblaban aún: "Sería preciso, decía uno de ellos, hacer la paz con Napoleón, con tal que no fuese demasiado deshonrosa.", "¡Así, pues, exclama Stein indignado, os contentaríais con una paz aunque deshonrosa!", (2). Este diálogo tuvo lugar en medio del movimiento admirable que arrastraba á la Alemania entera y al ruido de las proclamas en las que resonaba la palabra libertad.

Ese diplomático era el órgano de los sentimientos que animaban á los soberanos alemanes. Stein se ensaña en los príncipes de la confederación renana; los trata de *tiranuelos* y de *miserables* (3): "Todos, dice, son dichosos con ser los vasallos de Napoleón; todos pondrían con gusto á su servicio

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII<sup>ten</sup> Jahrhunderts*, t. VII, páginas 1036, 1040.

(2) PERTZ, *das Leben des Ministers Freiherrn vom Stein*, t. III, página 574.

(3) PERTZ, *das Leben des Ministers Freiherrn vom Stein*, t. III, página 382.

los ejércitos que ahora le combaten", (1). Es cierto que permanecieron fieles al emperador, aun después de los desastres de Rusia. Cuando los pueblos, cuando los ejércitos hicieron defección, los príncipes fueron arrastrados, pero fué á pesar suyo; tenían una verdadera predilección por el dominador extranjero. El rey de Wurtemberg, que merecería el nombre de *tiranuelo*, no temía manifestar francamente sus preferencias por el régimen napoleónico: lo que se llamaba la causa de la Alemania era, á sus ojos, un sueño tonto. Continuó siendo francés, aun cuando se vió obligado á volver sus armas contra la Francia. ¡Cosa notable! Siguió una correspondencia secreta con Napoleón; se interceptó una de sus cartas en la cual declaraba que se le había obligado á unirse á los aliados, pero que esperaba que podría unir muy pronto sus fuerzas á las del emperador (2). Los demás príncipes no tuvieron tanto cinismo, pero sus sentimientos eran los mismos. El gran duque de Baden, que no era uno de los más malos, creyó deber manifestar su pesar á Napoleón, cuando se vió obligado á romper sus cadenas (3). Es que para ellos esas cadenas no eran cadenas. Los soberanos alemanes no conocían más que su interés de príncipes. Ahora bien: ¿no debían á Napoleón, primeramente el engrandecimiento de su territorio, después la soberanía ilimitada de que gozaban? Mientras que el movimiento de 1813 amenazaba llevarlos á la unidad alemana, lo que los hubiera despojado de un poder que tanto apreciaban. Bajo el punto de vista de sus interés, tenían razón en decir que la Francia era su aliada natural. Esto es lo que el príncipe de Wrède, embajador de Baviera, dijo en Viena al ministro plenipotenciario de Wurtemberg. Lo que decían los príncipes en 1814, todavía lo piensan hoy. La naturaleza de las cosas lo quiere así. Pedir que un soberano sacrifique el interés de su casa, el interés de su poder á la idea de patria, á la idea de unidad, es pedir lo imposible. Si los Alemanes quieren la unidad, que aprovechen la lección que les da la historia.

¿Eran los únicos culpables los príncipes de la confederación renana? Apenas si puede hacerse-

(1) PERTZ, *das Leben des Ministers Freiherrn vom Stein*, t. III, página 526.

(2) *Lettre de lord Aberdeen á lord Castlereagh*, del 24 de Diciembre de 1813 (*Castlereagh papers*, serie 3, t. I, p. 110).

(3) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 455 y siguientes.

les un cargo por su adhesión á la Francia; no eran culpables más que de ser príncipes. Los que en sus proclamas hablaban tanto de *independencia* y de *libertad*, habían empezado por obrar como ellos. ¡Qué abismo entre el patriotismo de la nación prusiana y la política tímida de la corte de Postdam! Ciertamente, el rey de Prusia, despojado por Napoleón de la mitad de sus Estados, tenía muy buenas razones para intentar de nuevo la suerte de las armas, pero su impotencia le contenía; se acordaba de Jena, y consideraba toda resistencia, aun después de la retirada de Moscow, como un acto de locura.

La defección del duque de York llenó de estupor al desgraciado Federico Guillermo. Su primera palabra, según el embajador de Francia, fué el exclamar: "Hay de qué tener un ataque de apoplejía. ¿Qué hay qué hacer?", (1). Envió al príncipe de Hatzfeld á París para presentar sus excusas á Napoleón. "Asegurad bien al emperador, dijo, que *nada hay capaz de quebrantar mi fidelidad*. Mis súbditos están indispuestos contra los Franceses. Esos sentimientos se explican demasiado por la naturaleza misma de las cosas; pero á menos que no sean empujados por exigencias intolerables, no se moverán... *Yo soy el aliado natural de la Francia*. Si cambio de sistema, no haré más que empeorar mi situación y dar al emperador el derecho de tratarme como enemigo, y con razón", (2). Aun se fué más lejos en Berlín. Saint-Marsan escribió al duque de Bassano: "Se ha hecho nacer aquí la idea de una alianza de familia, entre la Francia y la Prusia, por el matrimonio de una princesa de la familia imperial con el príncipe real. Esto sería la unión de todos los intereses entre las dos potencias, unión ya natural relativamente á la gran política. El barón de Hardemberg espera con eso consolidar su obra, y después de haber asegurado la existencia de la Prusia, obtener la restauración por medio de una alianza de familia que destruiría enteramente toda desconfianza, y comprometería la Francia á formar de la Prusia la barrera del Norte", (3). ¿Iba de buena fe la corte de Berlín? Los

historiadores alemanes, avergonzados de la conducta de sus príncipes, quisieron hacer creer que hacían traición á la Francia, engañando á los engañadores (1). En realidad, la política del rey de Prusia es la de todos los soberanos, política de egoísmo. Hubiera recibido á manos llenas de Napoleón lo que el congreso de Viena le dió escatimado; si se volvió contra el emperador, fué porque el pueblo prusiano lo violentó.

Austria estaba comprometida más profundamente en la alianza francesa por una unión de familia, y nada le era más antipático que el movimiento popular de 1813. Metternich fué mucho tiempo uno de los fervientes adoradores de Napoleón; el emperador y el ministro perseguían el mismo fin; el uno y el otro eran contrarrevolucionarios. Ahora bien, los principios, las ideas, los sueños que agitaban á la Alemania en 1813, databan del 89. Hablamos de sueños: á los ojos de Metternich, la libertad era un sueño, así como la unidad alemana. En Viena no se quería oír hablar de nacionalidad, y bajo el punto de vista de la política austriaca tenían razón. Si la Alemania reivindicaba la unidad en nombre del principio nacional, ¿no podía hacer otro tanto la Italia? ¿No tenían el mismo derecho la Hungría y la Bohemia? ¿No iban las poblaciones eslavas á reconstituir la Polonia? ¿Y qué sería en semejante trastorno del imperio de Austria?

Austria vaciló mucho tiempo antes de unirse á los aliados. ¿Se vanagloriará también de su perfidia? Stein, el patriota alemán, que veía muy de cerca á los príncipes y sus miserables sentimientos, dice y repite que la locura, el furor, la inconcebible obcecación de Napoleón salvaron á la Alemania; que no consistía más que en él el mantener su dominación, aceptando las ofertas que en Praga le hizo el gabinete de Viena (2). No, el emperador de Austria no hizo traición á Napoleón; estaba en su papel, y, por lo tanto, era muy sincero cuando le hacía decir por el príncipe de Schwarzenberg: "Nada me es más antipático que un movimiento que tiende á romper los vínculos sagrados entre los pueblos y los soberanos, como eso se ve ahora en Prusia. Ante todo, es preciso ahogar

(1) *Carta de Saint-Marsan al duque de Bassano*, del 5 de Enero de 1813 (*Manuscrito del barón FAIN*, t. I, p. 205).

(2) *Carta de Saint-Marsan al duque de Bassano*, del 12 de Enero de 1813 (*Manuscrito del barón FAIN*, de 1813, t. I, página 213).

(3) EL BARÓN FAIN, *Manuscrito de 1813*, t. I, p. 210.

(1) Son las expresiones de BENJAMÍN CONSTANT, *Fragments sur la France*, en los *Mélanges de littérature et de politique*, t. I.

(2) PERTZ, *das Leben des Freiherrn vom Stein*, t. III, p. 418 et passim.

esas malas pasiones que se propagan por toda la Alemania,, (1). Austria no pedía otra cosa sino ponerse de acuerdo con la Francia, para poner un término á esta *invasión revolucionaria*; son las expresiones de Metternich hablando á Otto, el embajador de Napoleón. Los actos del gabinete de Viena estaban conformes con sus palabras. Se hacía prestar juramento á los empleados austriacos que no entrarían en ninguna sociedad secreta. Varias personas notables, comprometidas por su exaltación, fueron arrestadas (2). Había muy poco de ese entusiasmo en Viena. Un inglés escribió que el patriotismo era allí tan raro como el dinero. Pues bien, en ese momento, para tener cien florines en dinero, era preciso dar cuatrocientos en billetes (3).

Las simpatías de la corte de Viena debían ser por Napoleón más bien que por el movimiento de mágico que sublevaba á la Alemania. Además detrás de Prusia estaba Rusia, y el Austria temía la ambición rusa tanto por lo menos como la ambición francesa. Esta no estalla más que por accesos pasajeros como la *furia francesa*, mientras que las invasiones de la Rusia están en la sangre y en las tradiciones de la nación. Metternich hablaba muy sinceramente cuando trataba de persuadir al embajador de Francia que la alianza austriaca debía reemplazar la alianza rusa: "Vuestra alianza con la Rusia, dijo, era monstruosa; no tenía más que un solo punto de apoyo muy precario, el de la exclusión del comercio inglés. Era una alianza de guerra exigida por el vencedor; debía disolverse. La nuestra, por el contrario, se funda en las relaciones y los intereses más naturales, más permanentes,, (4). Este es el lenguaje que el general Babna usó con Napoleón en el mes de Febrero de 1813: "El gabinete de Viena, dijo, quiere continuar firme en su sistema. *Nuestra alianza debe ser eterna* como los motivos que la han hecho nacer. ¿No ha sido el mismo gabinete austriaco el que la ha buscado? Si estuviera por hacerse, la querría tal como es. No es la Francia, es la Rusia á quien tememos. Si los Rusos se negasen á proposiciones, emplearemos contra ellos todas las fuerzas de la monarquía,, (5).

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 200.

(2) HENON, *Historia de Francia*, t. XI, p. 341.

(3) *Lettre á lord Castlereagh*, dans les *Castlereagh papers*, serie 3<sup>ème</sup>, t. III, p. 84.

(4) *Carta del conde Otto al duque de Bassano*, del 15 de Febrero de 1813 (FAIN, *Manuscrito de 1813*, t. I, p. 302).

(5) EL BARÓN FAIN, *Manuscrito de 1813*, t. I, p. 41.

La Alemania entera concluyó por insurreccionarse contra Napoleón. No debe honrarse de ello á los príncipes, como tampoco al rey de Prusia y al emperador de Austria, ni á los confederados. No había más que un poder entre los coligados que tuviese miras políticas, es la Inglaterra, y aun hay que hacer una reserva. Quería emancipar el continente de la dominación francesa. Pero ¿quería también la libertad de los pueblos? Los Ingleses no tienen el espíritu de propaganda, no tienen su desinterés. Menos que en cualquiera otra época estaba dispuesto el gabinete británico á hacer el papel de un Don Quijote liberal, porque era un ministerio tory el que dirigía los negocios. Los Ingleses eran dueños y señores de Portugal; aprovecharon su influencia para establecer allí el régimen constitucional? Floreció en él el poder absoluto después como durante la guerra llamada de la libertad. En España el primer acto de Fernando VII fué cerrar las cortes; los Ingleses le dejaron hacer. En Sicilia, es cierto, lord Bentinck estableció una constitución, pero el ministerio le vituperó su "incoregible whigismo,,: sucedió con esta carta como con la independencia que el incorregible whig prometió á Génova; la reacción se lo llevó todo. Lord Castlereagh escribió muy cándidamente á lord Bentinck: "Cuando teníamos que arrojar á los Franceses de Italia, era razonable el correr todos los riesgos para alcanzar el fin; pero el estado actual de la Europa no exige ya que se acuda á semejantes medios,, (1). La *libertad* y la *independencia* eran armas de guerra, buenas durante la lucha, pero peligrosas después de la victoria: se apresuraron á dejarlas á un lado.

### III

La guerra de 1813 fué emprendida en nombre de la independencia y de la libertad. La libertad no fué más que una añagaza para atraer á los pueblos á los campos de batalla. Tan poco respetada fué su independencia como su libertad. "No veo ya soldados, ni diplomáticos franceses en Alemania, dice Goethe, pero no veo Cosacos, Croatas, Magyares. Teníamos los ojos fijos en el Occidente; pero ¿qué hemos ganado, si nos viene otro ope-

(1) LOUIS DE VIEL CASTEL, lord Castlereagh y la coalición europea (*Revue des Deux Mondes*, 1854, t. III, p. 693, 694).

sor del Oriente? Siempre es la dominación del extranjero. ¿Qué decir de la libertad? La juventud que abandona sus estudios para conquistarla en los campos de batalla, es digna de ella; pero ¿y las masas?,, (1). Goethe no tomó parte alguna en el movimiento de la nación; ¡hay que decir con él que era un engaño! El gran poeta tenía razón, pero la Alemania le ha guardado rencor de su indiferencia. Cuando un pueblo se levanta para conquistar su independencia, más vale estar entre los engañados que permanecer espectador de la lucha; los engañados son las almas generosas que se sacrificaban, mientras que los que gritaban que era un engaño son los fríos egoístas que especulan y calculan. Había otro poeta que saludó la guerra de 1813 como la redención de la humanidad. No hablamos del joven Körner, que halló una muerte gloriosa, cantando la patria y la libertad. ¡Dichosos los que mueren mártires de semejante causa! Su sangre no corre en vano, aun cuando su entusiasmo sea explotado por ambición. ¡La causa por la cual mueren no se pierde nunca, y principalmente no se pierde, mientras hay en ella mártires! Jean Paul tiene razón de colocar al sabio que interviene en la lucha por encima de aquel que la contempla de lejos para criticar á los combatientes: la compara el águila que, cerniéndose por encima de las nubes inflamadas, deja las regiones puras del cielo, y se lanza en medio de las tempestades, para salvar ó para socorrer á lo menos sus aguiluchos expuestos sin apoyo á la tempestad (2). Enemigo declarado de la guerra, Jean Paul glorificó la guerra de la independencia, porque era una guerra sagrada. ¿Qué importaban las esperanzas defraudadas del momento? El poeta esperaba que la Alemania se regeneraría, esperaba que la humanidad se regeneraría (3). Y no se engañaba.

Hay muchas enseñanzas en esta guerra santa. Los historiadores dicen que Napoleón fué derribado por los Cosacos; otros dicen que por el valor perseverante de la Inglaterra; otros dicen que por la política del Austria. No hay nada de esto; la verdadera causa de la caída del grande emperador fué el amor á la libertad y á la independencia que

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 443.

(2) JEAN PAUL RICHTER, *der Reithrieg der Menschheit* (*Herbstblumene*, III, 2, núm. 6).

(3) JEAN PAUL RICHTER, *Herbstblumene* (*Gespräch zwischen den beiden Gesichtern des Janus*).

el despotismo del monarca universal despertó en la Europa entera. Si Napoleón hubiera permanecido fiel á los príncipes del 89, la Europa no le hubiera vencido; mejor dicho, no hubiese provocado á la Europa con su culpable ambición. Napoleón fué infiel á los príncipes de la Revolución. Esta era pacífica; él se hizo conquistador. Ella había inscrito en su bandera, igualdad, libertad; él destruyó la libertad, y la igualdad misma vino á ser una mentira. Hé ahí por qué lo abandonó la Francia. Su caída fué una sentencia de la justicia divina. Aquel que había desconocido los derechos de las naciones, cayó por el despertar de las naciones. Aquel que había violado la libertad, cayó por el despertar de la libertad.

La guerra de 1813 es también la condenación de las coaliciones que se formaron desde 1792 contra la Revolución francesa. ¿Para qué se habían ligado los reyes contra la Francia? Para restaurar el antiguo poder real. Este espíritu de reacción inspiró á todas las alianzas. Aun cuando los reyes hablaban un sus proclamas de libertad y de independencia, no pensaban más que en restablecer los abusos del pasado. Que aquellos que duden de esto recuerden la reacción estúpida que acompañó en todas partes á las restauraciones. Pues bien, en 1813, los reyes coligados contra la Revolución se vieron obligados á hablar el lenguaje de la Revolución y de imitar sus actos. Llamaron á los pueblos á las armas en nombre de la libertad y de la igualdad; si nos hubiéramos de atener á su lenguaje, diríamos que se habían hecho demócratas. "El más poderoso de entre ellos era entonces el abogado más ardiente, el más elocuente panegirista de los derechos del hombre en toda su extensión; hasta podrían indicarse, dice Benjamín Constant, los salones de París que resonaron en 1814 con imperiales arengas en favor de la libertad,, (1). Es, pues, cierto que los reyes coligados no lograron vencer á la Revolución sino adoptando sus principios. ¿Qué quiere decir esto? No son los reyes los vencedores, es la Revolución.

Los mismos reyes que predicaban la libertad con tanta elocuencia en los salones de París, eran déspotas en su país. ¿Qué digo? En el momento mismo en que representaban la comedia de la liber-

(1) BENJAMÍN CONSTANT, *Fragment sur la France* (*Mélanges de littérature et de politique*).

tad en público, descubrían su antipatía por la Revolución en conversaciones confidenciales. Hubo, pues, embacadores en 1813. Goethe no los nombra, porque le interesaba continuar en buenos términos con las potencias. La historia los ha nombrado y mancillado: fueron los príncipes. Los pueblos fueron engañados. ¡Pero paciencia! A los vendedores les gustaba hablar de la justicia divina que castigaba á Napoleón. Ellos también eran culpables. La mayor parte habían sido cómplices ó aduladores del conquistador. Aun entonces, que el monstruo estaba derrotado, continuaban su obra, la obra de la contrarrevolución. ¡Ciegos! Para vencer á la Revolución se vieron obligados á desencadenar el espíritu revolucionario. En realidad, la insurrección de 1813 procede de los principios del 89. En vano quisieron los reyes engañar á los pueblos; el engaño puede dar resultados momentáneamente; pero, en definitiva, son los engañadores los que son engañados. Si la justicia divina ha castigado al gran culpable, no olvidará á sus cómplices.

#### § IV. — La Santa Alianza.

##### N.º 1. — El congreso de Viena.

La monarquía universal de Napoleón está destruida. Se trata de reconstruir la Europa. ¿Cuáles serán las bases del nuevo edificio? Jamás ha habido congreso que haya tenido tan alta misión como el de Viena. Su tarea era difícil, dicen los historiadores. Sí, les era difícil, hasta imposible á los reyes y á los diplomáticos el reconstituir la Europa precisamente porque eran diplomáticos y reyes. No era la monarquía la que había vencido á Napoleón. Mientras los reyes combatieron solos, sus esfuerzos no sirvieron más que para aumentar el poder del emperador. Se necesitó la pasión de la libertad y de la independencia nacional para emancipar al continente. Desde entonces, los pueblos hubieran debido ser llamados á decidir de la suerte de la Europa, ó, por lo menos, la obra de la regeneración europea hubiera debido realizarse en su provecho. Se habían insurreccionado en nombre del derecho, en nombre de la patria, en nombre de la libertad. Era preciso, pues, que el derecho reemplazase á la fuerza, que las nacionalidades

fuesen respetadas, y, en caso necesario, restauradas; que la libertad fuese garantizada. ¿Se procedió así en el congreso de Viena?

No hay que decir que no se trató en él de la libertad. El congreso no tuvo que ordenar más que la constitución territorial de la Europa. Se acusaba á la Revolución y al emperador de haberla trastornado por medio del abuso y la violencia; hubiera parecido natural el deshacer lo que la Revolución y el emperador habían hecho. Pero una restauración radical era imposible; en Viena residían precisamente aquellos que se habían aprovechado de las violencias de Napoleón, y no tenían el menor deseo de devolver esos despojos á los legítimos poseedores. La obra de la fuerza era considerada como un derecho, porque los príncipes dan el bello nombre de derecho á sus intereses.

Faltaba que disponer de los países reunidos al imperio y reconquistados por las victorias de la coalición. ¿Podía tratarse de un derecho de conquista? En realidad, no había conquista. Por todas partes las nacionalidades comprimidas se habían insurreccionado: Italia, Holanda, Alemania. Si los Belgas y los ribereños del Rhin no tomaron parte en la insurrección, sus votos, por lo menos, no eran dudosos: se consideraban dichosos con ser emancipados de una unión que repugnaba á sus sentimientos, á sus intereses, á sus preocupaciones si se quiere. Los coligados habían prometido la libertad á todos aquellos que habían sido pisoteados por un ambicioso conquistador. Era preciso, pues, oír á las poblaciones, preguntarles qué era lo que querían, tomar en cuenta sus predilecciones y sus antipatías. Esto era, en una palabra, según el principio de nacionalidad, como era preciso reconstituir la Europa.

Decir lo que hubiera debido hacer el congreso es decir lo que no hizo, lo que ni aun pensó en hacer. La diplomacia no tenía ninguna idea del derecho de los pueblos. Había en las filas de la coalición un hombre de un desinterés perfecto. El barón de Stein estaba muy por encima de los diplomáticos vulgares que reinaban en Viena; sin embargo, participaba de sus preocupaciones, ó, si se quiere, de su ignorancia. Después de los desastres de Rusia, formuló Stein un proyecto de reconstitución europea: ¿puede creerse que proponía el repartir la Dinamarca entre la Suecia, la Inglaterra y la Alemania? ¿Puede creerse que atribuía la Ho-

landa á los Ingleses? (1). ¡Así, pues, la coalición pretendía emancipar á Europa de la dominación napoleónica, y en el pensamiento del barón de Stein inauguraba esta grande obra con un reparto más odioso que el de la Polonia! Los coligados habían censurado mil veces al emperador la anexión de la Holanda, y uno de los espíritus más avanzados, de los más libres, quería anexionar las Provincias-Unidas á la Inglaterra! ¡Anexionar á los Ingleses un pueblo en otro tiempo su rival! ¡Despedazar los Daneses, dando un trozo á cada uno de sus vecinos, hasta á aquellos por quienes la nación danesa profesaba más antipatía! ¡Qué carencia más completa de sentido moral á la vez que de la idea del derecho!

Si tales eran las preocupaciones del barón de Stein, ¿cuál debía ser la obcecación de los diplomáticos de profesión? Mucho se hubieran extrañado si se les hubiese hablado de nacionalidades; no conocían más que los Estados, y los apreciaban por sus leguas cuadradas y por el ganado humano que cubría los territorios. En vez de consultar las poblaciones sobre su destino futuro, el congreso estableció una comisión de estadística encargada de ilustrar á las altas partes contratantes en el reparto que tenían que hacer. Nada caracteriza mejor el espíritu que reinaba en Viena. Hé aquí las instrucciones propuestas por el príncipe de Metternich para la referida comisión: "Hará una determinación exacta de los territorios conquistados al emperador Napoleón y sus aliados, sin consideración á la destinación de esos territorios. Los evaluará bajo el punto de vista de la población. En esta evaluación se considerará, no tan sólo la *cuota*, sino también la *especie* y la *calidad*," (2).

Es imposible expresar más secamente el desprecio que los reyes y los diplomáticos ostentaban en Viena por los pueblos, después que los habían llamado á la independencia y la libertad. Hacían como los coherederos de una sucesión, que aprecian los inmuebles de los cuales deben formarse diferentes lotes, no tan sólo por el número de hectáreas, sino también por su valor. Las naciones, pues, eran cosas. Se vió que esas cosas vivas eran más difíciles de evaluar que las cosas inanimadas. Schoell dice, con una especie de pesar, que la co-

misión de estadística se separó de las instrucciones que había recibido, limitándose á una simple estimación del cupo de la población (1). De ahí procedieron singulares dificultades cuando se trató de repartir las provincias polacas y de comparar el valor proporcional de un Renano con un Eslavo. Los mercaderes de carne humana que residían en Viena decían, los unos, que los Polacos de las cercanías de Posen, abandonados por la Rusia á la Prusia, valían más que los Polacos de las cercanías de Klodowa, retenidos por la Rusia; los otros, que un habitante de Aix-la-Chapelle ó de Colonia valía infinitamente más que un polaco de Kalisch ó de Thom, con el cual se había permutado (2). En los mercados de esclavos de Grecia y de Roma se calculaba así. En 1814 eran los pretendidos libertadores de la Europa los que usaban ese lenguaje.

Un escritor inglés dice que la política del congreso de Viena fué la de los repartidores de la Polonia. Debe decirse más: los reyes y los diplomáticos que acababan de llamar los pueblos á la libertad eran mucho más culpables. Si los monarcas coligados salieron vencedores de la terrible lucha con un hombre de guerra incomparable, fué gracias al sacrificio, al heroísmo de las naciones, porque ellos, en su prudencia, hubiesen estado dispuestos á firmar una paz hasta *deshonrosa*. ¡Y apenas la victoria asegurada, ya trataron esos mismos pueblos como rebaños ó inmuebles de una partición! Se los dividió en trozos; se dió una tercera parte de una nación á éste, dos terceras partes al de más allá. Para redondear tal soberano se necesita tal ciudad; adjudicada. Para dar una buena línea de defensa al otro convendría extender sus fronteras basta tal río ó hasta tal montaña; acordado. Bien entendido, mediante compensaciones de la misma cantidad, cualidad y valor. Los coligados habían gritado tanto contra las anexiones pronunciadas por el emperador. El, á lo menos, hacía las cosas en grande, mientras que en Viena se trinchaba la carne viva, se la arrancaban á jirones: ¡había tantos apetitos que satisfacer! (3).

Cuando el congreso se reunió en 1814, muchos hombres, aun ilustrados, creyeron ver en él el fin

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. XI, p. 29.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. LVI (tomo VI, p. 189 y siguientes, de la edición grande en 8.º).

(3) *Edinburgh review* november, 1822, t. XXXVII, p. 462 (dans les *Selections*, t. IV, p. 63, 64).

(1) PERTZ, *das Leben des Freiherrn vom STEIN*, t. III, p. 203.

(2) *Acta del Congreso de Viena*, t. II, p. 189.